

ORACIÓN ECUMÉNICA E INTERRELIGIOSA. 800 AÑOS DEL ENCUENTRO DE SAN FRANCISCO Y EL SULTAN

HOMILÍA HERMANO ISAURO COVILLI, MINISTRO PROVINCIAL

El viaje del papa Francisco a Egipto, del 28 al 29 de abril de 2017 y, en especial, su visita al imam Al-Azhar, evocan a un lejano precedente: el encuentro de san Francisco de Asís con el sultán Malik al-Kamil, en 1219.

Quien contempla en la iglesia superior de la Basílica de San Francisco, en Asís, los 28 famosos frescos en los que Giotto reproduce la vida de San Francisco, comprueba que ninguno de ellos representa a Francisco en solitario. Siempre está rodeado de otras personas, o tiene a alguien a su lado. En el mismo eremitorio del monte Alverna, donde decide retirarse hacia el final de su vida, tiene a su lado a fray León. A las puertas de la muerte en la Porciúncula, manda que acudan en torno a su lecho todos los compañeros del lugar y celebra su despedida a la manera de Jesús. El encuentro y la comunión, dos rasgos, que caracterizan toda la vida de Francisco.

No tiene nada de extraño, por tanto, que los frescos en los que Giotto ha plasmado acontecimientos de la vida de Francisco, reproduzcan sobre todo encuentros: Francisco encuentra a un leproso, a un pobre, a una mujer ciega, a un rico, al papa, al sultán, etc.

El encuentro con el sultán Malek Al-Kamil en 1219, fue sin duda el más importante de todos esos encuentros. Tan llamativo fue que no sólo nos informan sobre él todas las fuentes franciscanas, sino también varios cronistas de fuera de la Orden e incluso una inscripción arábigo-musulmana. El hecho de que Francisco cruzara el mar en un barco de los cruzados y predicara al ejército cristiano, acampado ante los muros de Damietta, no fue lo más extraordinario. Lo más llamativo consistió en que el pequeño y enjuto hombrecillo de Asís lograra llegar a la presencia del sultán y pudiera predicarle —¡y regresar sano y salvo!—; de hecho los mahometanos habían puesto precio a la cabeza de los cristianos. Aquel encuentro sólo fue posible gracias a la forma, al método empleado por el misionero de Asís, un método con el que logró superar las barreras y que no es otro que el del diálogo y la renuncia a la violencia.

Francisco es un itinerante, un hombre de viaje y por lo mismo es un hombre de encuentro, que tenía la intención de relacionarse con una realidad y cultura diferente a la suya. Este anhelo está estrechamente ligado al origen de su vocación. Las mismas fuentes hagiográficas narran que, cierto día, escuchó el Evangelio en el que Jesús envía a sus discípulos. Francisco, desde el inicio de su conversión se siente fuertemente atraído por ir a predicar la fe y la Buena Noticia a todos y también a los sarracenos e infieles, en lenguaje de la época. Su intención, en efecto, ni siquiera nace y menos aún se inscribe en el plan propuesto por el papa Inocencio III en el concilio Lateranense IV (1215). Se aleja y sobrepasa los límites de la “expedición cristiana” en Tierra Santa. En este sentido podemos afirmar que fue un misionero al margen de los soldados y de los cruzados, un misionero des-armado. Tampoco está entre sus primeras motivaciones la idea de alcanzar el martirio, transformarse en un héroe de la fe, como un elemento que corona el camino de perfección personal, típico del *topos* hagiográfico.

La vida franciscana tiene su propio carácter decididamente evangelizador, expresado especialmente en la inspiración del capítulo 16 de la primera regla franciscana que tiene como base la experiencia de encuentro con el Sultán. Francisco fue el primer fundador que manda a sus hermanos entre los que nunca han compartido la fe cristiana, sugiriendo expresamente a sus hermanos que sean sumisos a toda criatura por amor a Dios. Este hecho merece ser resaltado, sobre todo, por su carácter inspiracional, en cuanto reconoce en toda criatura un vínculo indisoluble con el Creador.

Luego de diferentes intentos frustrados, su biógrafo Tomás de Celano afirma que Francisco llegó a las costas de Siria “en el tiempo en que la guerra entre cristianos y sarracenos, crecía a diario. El mismo autor señala que fue el “año trece de su conversión”, es decir, en 1219. En noviembre del mismo año, Damietta fue sitiada y tomada por los cruzados. Es altamente probable que en este período, Francisco haya vivido entre los sarracenos y está confirmado que encontró al sultán Malik-al Kamil.

El Santo quería alcanzar las tierras habitadas por los sarracenos y otros infieles para “vivir entre ellos”, RnB 16,5 anunciar la paz y la penitencia.

Existen otros textos biográficos que contienen alguna resonancia del contacto que Francisco tuvo con los musulmanes y del encuentro con el Sultán. Francisco aprende y el Señor lo sigue transformando desde el interior y desde el diálogo con aquel que es diverso. Entre ello puntualizo: La oración de san Francisco, llamada Alabanzas al Dios Altísimo, conservada, es una especie de letanía de los nombres de Dios, a quien se dirige constante y repetidamente “tú eres el bien, tú eres la hermosura, tú eres la bondad...”. Varios han visto en ella un parentesco con los Noventa y nueve hermosos nombres de Alá y, más aún, una misteriosa correlación entre la experiencia de Dios que Francisco vivió en Damietta y en La montaña santa de la Verna, lugar de donde el Amado lo configuro con El y recibió los estigmas.

Del encuentro de Francisco con el Sultán y musulmanes reconocemos algunas actitudes relacionales que resultan exigencias para nuestro tiempo.

1. El sin propio o la desapropiación. Francisco va despojado al encuentro del sultán, no porque quiera presentarse despojado, sino que esa es la forma que él tiene de vivir e ir por el mundo; es la expresión y la radicalización del “sin propio”. Las fuentes coinciden en señalar que el “sultán escuchaba con atención”, “se admiró de este hombre que lo consideraba distinto a los demás” y “le pidió que rezara por él”

2. Respeto: el Pobrecillo sabe que el Reino de Dios nace y crece en el corazón de cada persona y que no es la conquista de un territorio. Se presenta respetuoso y cortés. Él sabe que el respeto es la base fundamental para una convivencia sana y pacífica entre los miembros de una sociedad y comunidad. Respetar a alguien significa tratarlo de acuerdo a su dignidad. La falta de respeto no es sólo una des-cortesía, es sobre todo una injusticia. El hermano Francisco descubrió que el respeto, el buen trato, es la base para iniciar cualquier tipo de diálogo, especialmente el inter-cultural, ecuménico e inter-religioso.

3. Valoración del diverso. Francisco no es un simple espectador de una tradición y una cultura distinta, que en este caso es el Islam. El Santo hizo una opción de no despreciar, descalificar y enjuiciar a nadie. Lo dejará bien explícito en una expresión categórica de la Regla: “y no juzguen a nadie”. El Pobrecillo de Asís valora e integra lo bueno y positivo de los otros en su experiencia cristiana, aquello que contribuye a una vivencia cada vez más profunda del misterio de Dios.

4. El diálogo. Francisco quiere entrar en relación con los musulmanes, busca y provoca el encuentro. Va con un mensaje y quiere dialogar. Desea compartir una Buena noticia, también quiere escuchar. Él es empíricamente consciente de que el diálogo es la base para entablar y construir relaciones humanas, creyentes y fraternas. Escucha desposeído y libre de prejuicios e intereses. Escuchar desposeído significa no pretender nada y no esperar nada, actitudes nada fáciles de cumplir en su tiempo y en un ambiente de mercado, competitivo, impositivo, y dominante como el nuestro. Esto no significa pasividad o indiferencia en el lenguaje de los escritos, esto significa novedad y sorpresa, es decir, apertura a la diferencia y bondad del otro.

5. Inclusión. La propuesta cristiana de Francisco es integradora y universal. Es una visión inclusiva que parte del reconocimiento de que Dios todo lo hizo bien y que todas las personas tienen habilidades y potencialidades propias, distintas a las de los demás. No se puede tratar a todos iguales, esto no es justo. Las diferencias y hacen crecer. El Pobrecillo busca que se fomente y garantice la fraternidad. Es el paso de ver al otro como hostil (*adversus*) a verlo como un huésped (*hostis*). El otro es alguien a quien yo puedo hacer entrar en mi vida, con quien es posible con-vivir.

6. Francisco hombre de Paz y Pacificado Francisco no sólo va entre sarracenos y se presenta ante el Sultán con un mensaje de paz, sino que él mismo es un hombre pacificado. Sólo quien está pacificado puede anunciar y generar la paz. Esto es lo que recomendará a los hermanos: “*sed pacíficos, mansos y mesurados*”. Este es el contexto que hace posible la manifestación de un rostro sereno y amable de Dios. La experiencia del misterio de salvación conlleva como fruto la reconciliación, la paz y la minoridad. En nuestro mundo violento, queremos paz usando muchas veces métodos violentos.

Finalizo estas palabras, manifestando que en nuestro tiempo, en zonas del mundo, musulmanes, cristianos y otros, sufrimos discriminación, persecución, violencia. Como miembros de las religiones aquí presente, estamos llamados como hermanos y hermanas, a unir nuestras manos y corazones para construir ayudados por Francisco de Asís, un mundo de paz, fraternidad y justicia.